

Príncipe: que se tenía tanto menos miramiento á aquellas intercesiones estrangeras, quanto que ellos se previalian demasiado, y lejos de adelantar algo con ellas, eran muy capaces de precipitar su ruina.

Añadió, que el tratado de Nion, al que tanto valor se quería dar, no establecia absolutamente el calvinismo en el Chablais, sino que tan solamente permitia á los que lo profesaban, que tuviesen tres ministros, y aun esto interinamente y por tolerancia, hasta que dispusiese otra cosa el Duque de Saboya: que Ginebra y los suizos no eran tan poderosos que pudiesen hacer la ley al Duque de Saboya sobre este particular dentro de sus propios Estados: que el Rey de Francia necesitaba demasiado de Roma, y la contemplaba demasiado para sufrir que sus vasallos tomasen las armas contra un Príncipe católico, sin otro objeto, que el de impedir el restablecimiento de la Religion de que era gefe el Papa, y sobre todo, que los Soberanos en nada ponian mayor cuidado, que en sostenerse mutuamente en la independencia y en el derecho de disponer de sus vasallos, del modo que juzgasen que era mas conveniente al bien de sus reinos.

El artificio de este discurso consistia en atacar al Duque por su flanco. Era este Príncipe de un gran mérito, pero estremadamente celoso de su autoridad, y que no podia sufrir que se tuviese la menor sospecha de que no podia, ó no se atrevia á hacerla valer en toda su estension. Por esta razon no hubo persona en el Consejo, que no juzgase que Francisco obtendria infaliblemente lo que pretendia.

Pero aquel hombre apostólico, que siempre tenia el corazon lleno de aquella piedad sincera, que brillaba en todas sus acciones y discursos, y que no se habia valido de las razones de política sino para responder á los que habian hablado antes que él, dirigiéndose al Duque, le dijo con mucho respeto, que un Príncipe

cristiano debia á lo menos cuando se trataba de los intereses de Dios, dejar alguna cosa á cargo de su providencia: que si Constantino, Teodosio y tantos otros Príncipes que habian desterrado la idolatría y la heregía de sus Estados, hubiesen atendido siempre á la política; el paganismo y tantas heregias, cuyo nombre apenas se sabe, reinarian aun en el mundo: que Dios era siempre el apoyo de los Tronos, cuando los Príncipes que los ocupaban, se dedicaban á hacerle reinar sobre sus vasallos; y que él no dudaba, que para recompensar el celo que demostrase, restableciendo la Religion católica, colmaria el Señor su reino de una larga serie de prosperidades.

El Duque, que habia escuchado á Francisco con mucha atencion, quedó tan conmovido con su discurso, que le concedió al momento lo que le pedia: le hizo tambien que volviese á presentar de nuevo los artículos de que se ha hablado ya en la negociacion de Turin, y mandó que fuesen ejecutados inmediatamente. Como decian en términos espresos: *que los ministros serian echados de los Estados de Saboya: que se privaria á los calvinistas de los cargos y dignidades que poseian, y que estos se darian á los católicos: que se haria una averiguacion exacta de los beneficios usurpados por los hereges, ó poseidos injustamente por otras personas sin título, ni caracter para ser empleados en la reparacion de las Iglesias, y en la manutencion de los párrocos y misioneros: que se fundaria inmediatamente un colegio de Jesuitas en Tonon; y que en el Chablais y las Bailias no se permitiria otro ejercicio público que el de la Religion católica.*

Digo, que como estos artículos parecian un poco fuertes para ejecutarse todos á la vez, hubo sobre esto grandes debates en el Consejo; pero el Duque, que se acordaba de lo que habia prometido al Legado, y que ya habia tomado su partido, mandó, que fuesen ejecutados todos

sin dilacion, y envió aviso de aquella resolucion á los embajadores de los suizos, y á los diputados de Ginebra.

Un modo de obrar tan decidido, y al mismo tiempo tan inesperado, los aturdió, sin desconcertarlos: volvieron de nuevo á la audiencia, y despues de haber hecho inútilmente las mayores instancias para mantener las cosas en el estado en que estaban, apelaron al tratado de Nion, y pidieron que á lo menos fuese permitido el tener tres ministros en el Chablais; pero el Duque les respondió, que ellos sabian mejor que otro alguno, que aquel tratado no era sino provisional: que sin embargo él consentiría gustoso en lo que le pedian, con tal que ellos quisiesen por su parte recibir en Berna á los tres sacerdotes católicos, que él eligiese. Esta alternativa, en la que no obstante nada tenian que decir, les pareció mas dura que una negativa, y se despidieron del Duque, marchando al dia siguiente para no ser testigos de lo que iba á suceder en el Chablais en perjuicio de su Religion.

Al otro día, habiendo hecho el Duque publicar el bando, de que todos los que hiciesen profesion de la Religion protestante, hubiesen de presentarse en la casa de la ciudad, fué á ella él mismo, precedido de sus guardias, y seguido de toda su Corte: una parte del regimiento de Martinengues se apoderaba al mismo tiempo de las puertas y plazas públicas, y el resto formó en dos filas á lo largo de las calles, que conducian de la casa del Duque á la de la ciudad: aquellos preparativos, que en efecto tenian algo de alarmantes, introdujeron entre los calvinistas el terror que es fácil imaginarse; y no hubo uno de ellos que no creyese, que el Duque iba á dejarse arrastrar á los mayores escesos para obligarlos á mudar de Religion. Pero si el desorden y el temor reinaban entre la gente del pueblo, no estaban menos confusos los sugetos de distincion al verse encerrados en la casa de la ciudad.

En efecto, habiendo mandado el Duque guardar silencio, les dijo, que aunque él hubiera podido valerse desde un principio de su autoridad soberana para obligarlos á volver á la Iglesia católica, habia tenido á bien no obstante, el no servirse hasta entonces de otro medio que el de la dulzura: que bajo este concepto habia cuatro años consecutivos, que no se habia usado sino de exhortaciones, y advertencias: que no se le habia propuesto ninguno de aquellos medios que son capaces de ganar los corazones mas duros, que no lo hubiese adoptado con gusto para obligarles á entrar por sí mismos en un partido, que de todos modos y sin que cupiese comparacion les era mucho mas ventajoso, y que él mismo los habia exhortado en público y en particular: que esto á la verdad no habia sido sin fruto, y que veia con satisfaccion á la mayor parte de ellos reunidos á la Iglesia católica; pero que les declaraba, que ya no queria sufrir por mas tiempo, que un pequeño número de rebeldes, sordos á las exhortaciones de su madre la Iglesia, y á las de su Principe, tuviesen el desgraciado punto de honor de no seguir el ejemplo de los demas, y de perderse á sí mismos en el tiempo y en la eternidad: que miraba á estos endurecidos, como enemigos de Dios y suyos en particular: que habian tenido suficiente tiempo para pensar en lo que debian hacer: que estaban en el caso de decidirse: que los que estuviesen resueltos á seguir la Religion de su Principe, pasasen á colocarse á su derecha; y que los que quisiesen persistir en su obstinacion, pasasen á su izquierda.

Habiendo acabado el Duque de hablar, los católicos que estaban presentes, empezaron á exhortar á sus amigos, á que abriesen por fin los ojos, y que no se perdiesen á sí mismos con una obstinacion fuera de tiempo, y de la que ellos serian los primeros que se arrepintiesen. Francisco, que estaba presente, y que sabia lo

que el Duque habia resuelto hacer, se apresuraba mas que otro alguno en representar á aquellos desgraciados la importancia de la eleccion, que tenian que hacer: no se hacia sino ir y venir de una y otra parte: en fin el mayor número pasó á la derecha del Duque; pero quedaron no obstante un número bastante considerable á la izquierda.

El Duque volviendo á tomar de nuevo la palabra, y dirigiéndose á los que habian pasado á su derecha, les dijo, que les miraria en lo sucesivo como á sus buenos y fieles vasallos, y que no habia gracia que no debiesen esperar de su afecto. Despues volviéndose hácia los que habian quedado á su izquierda, mirándolos con unos ojos llenos de cólera y de indignacion, les dijo: *¿sois pues vosotros desgraciados, los que os atrevéis en mi presencia á declararos enemigos de Dios y míos? Marchad, salid de aqui: yo os despojo de vuestros cargos y dignidades, y os destierro para siempre de mis Estados: prefiero el no tener vasallos, á tenerlos tales como vosotros, de quienes siempre tendria que desconfiar.* Al mismo tiempo hizo una señal á sus guardias, para que los echasen vergonzosamente de su presencia.

Por justa que fuese la severidad del Duque despues de tantas medidas de dulzura inútilmente empleadas, no dejó Francisco de sentirla. Su estremada dulzura no le permitia ver á aquellos desgraciados, desterrados tan ignominiosamente de la presencia de su Príncipe, partir para un triste destierro sin rogar al Duque, que le concediese aun todo aquel dia para obligarlos á entrar en su deber.

Le dijo sobre esto, que él conocia bastante á los calvinistas para poder asegurar, que en la generalidad no tenian tanta adhesion á su Religion, que quisiesen abandonar una subsistencia segura por un socorro ordinariamente incierto, y que costaba siempre muy caro: que estando todos establecidos en el Chablais, por poco que

se les ayudase, no podrian resolverse á abandonar sus bienes para andar vagamundos entre los de su partido, sin hogar, sin casa, y espuestos á toda especie de necesidades: que asi, si le parecia bien, esperaba que antes de que se concluyese el dia, podria darle buena cuenta de la mayor parte de los que habian parecido tan decididos.

El Duque, que habia usado á su pesar de la severidad de que se acaba de hablar, le permitió todo lo que quiso, y Francisco fué bastante afortunado para poder persuadir á la mayor parte, antes de que se concluyera el dia, á que se conformasen con las intenciones del Príncipe. Un número muy pequeño, y que se creia con mas teson del que tenia en la realidad, abandonó el Chablais para pasar á Nion, al otro lado del Lago.

Pero es mas fácil sufrir un suplicio pronto, que acostumbrarse á largos padecimientos aunque menos rigurosos. Los desterrados del Chablais, que habian confiado, que la vista de su miseria y sus continuas solicitudes obligarian al fin á los suizos y ginebrinos á tomar las armas para restablecer el calvinismo en el Chablais, apenas hubieron notado, que en nada se pensaba menos que en reñir con el Duque, y que ya empezaban á serles gravosos; cuando antes que el Duque hubiese dejado á Tonon, se apresuraron á escribir á Francisco para rogarle que viese de lograr el que volviesen, y fuesen puestos en posesion de los bienes, que se les habian confiscado. Francisco obtuvo fácilmente una y otra cosa: los desterrados volvieron y fueron muy bien recibidos del Príncipe.

Habiéndose asi reunido todos en la profesion de una misma fé, el Duque no trató sino de restablecer las cosas de un modo tan sólido, que no fuese fácil el cambiarlas. A este efecto puso por todas partes guarniciones respetables para impedir á los emisarios de Ginebra,

el que promoviesen sublevaciones y alborotos. Dió orden, de que se restableciesen las Iglesias parroquiales: proveyó á la subsistencia de los párrocos, y de una buena porcion de sabios misioneros que debian permanecer aun algunos años en la provincia. Destinó un fondo para establecer el colegio de los Jesuitas de que hemos hablado. En fin nada olvidó de todo aquello que podia impedir, que volviese la heregía á introducirse en el Chablais y en las tres Bailias.

Pero lo que nunca se alabará bastantemente en este sabio Príncipe, es la conducta arreglada que observó constantemente, como tambien todos los de su Corte durante las seis semanas que permaneció en Tonon, y los grandes ejemplos que dió de piedad. Como estaba convencido, de que el ejemplo del Soberano tiene mas fuerza para persuadir, que todo lo demas que pueda hacerse, se confesaba y comulgaba á menudo: asistia á los sermones y rogativas públicas con toda su Corte, pero con una modestia, que enternecia aun á los mas endurecidos; é hizo tan grandes limosnas, que toda la provincia se acordaba de ellas aun algun tiempo despues de su partida.

Cuando la política está sostenida por la piedad, no hay cosa que no llegue á conseguir. Se acaba de ver un ejemplo de esta verdad en el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: será seguido de muchos otros, que se irán notando en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO CUARTO.

Mientras que pasaba lo que acaba de contarse del lado de acá de los montes, todo lo que sucedia del lado de allá anunciaba grandes disensiones, y todos los Príncipes de Italia, próximos á tomar las armas unos contra otros, estaban en vísperas de turbar la profunda paz de que gozaba aquel reino despues de tantos años, y que tanto interes tenian los Soberanos en que fuese duradera.

La causa de aquel movimiento fué la negativa que dió el Papa Clemente VIII á Cesar de Este, de la investidura de Ferrara, y la reunion de aquella ciudad á la santa Sede. Los Príncipes aliados de la casa de Este, tomaron partido por ella. El Papa no dejó de tener partidarios. Todos tomaron las armas; y esto fué lo que obligó al Duque de Saboya, cuya presencia era aun muy necesaria en el Chablais, á volver á pasar los montes. La Italia se vió agitada tambien por algun tiempo con diversos movimientos.

Pero en tanto que recobraba su primera tranquilidad, sucedió una cosa que puso á Francisco en la mayor confusion, en que pudiese haberse visto en toda su vida. Habia abandonado el Chablais por no ser necesaria ya su presencia, y trasladadose á Annecy para dar cuenta al Obispo de Ginebra de la ejecucion de las órdenes del Duque y de las suyas: habia cumplido su comision con su acostumbrada exactitud, cuando aquel